

DE BUENAS LETRAS

París, a través de la mirada de Carmen de Burgos

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

En los comienzos del pasado siglo viajar era todavía una aventura, mucho más para una mujer. Carmen de Burgos (Almería, 1867; Madrid, 1932) vivió esa aventura repetidas veces y nos ha dejado en varios libros sus experiencias viajeras. Su título general, 'Por Europa', expresa muy bien esta pasión. En el primero de ellos, que comprende Francia e Italia y se publicó en 1905, Carmen dedica unas cien páginas para hablarnos de París y, aunque se le escaparon algunos aspectos importantes de la ciudad, sus comentarios no dejan de ser interesantes.

Su llegada a París coincide con el congreso sobre la tuberculosis, la enfermedad más terrible de la época, que había reunido en el 'Grand Palais', a todas las eminencias médicas de aquellos tiempos. «He llegado a París en unos días que tal vez hagan época en la Historia: se está celebrando el importante 'Congreso contra la tuberculosis', al que han acudido los sabios de todo el mundo a poner

a contribución su ciencia para combatir esa terrible plaga que, con la sífilis y el alcohol, constituye la funesta trilogía de la muerte».

Los grandes remedios que en este congreso se propusieron contra la tuberculosis hoy están superados, pero como documento histórico, estas primeras páginas sobre París, son de un indudable valor. También ponen en evidencia la intuición periodística de Carmen que, en seguida, se dio cuenta que la noticia del momento era el gran congreso de médicos. Pero aún hay algo más. Carmen aprovecha la tuberculosis para sacar a relucir su inquietud ética sobre un tema tabú: Dios, la enfermedad y la muerte: «No puedo concebir a un Ser entretenido en forjar muñecos, darles inteligencia, voluntad, sentimientos, todo lo que se agita en la máquina humana, para hacer el hombre el más infeliz de los animales, y destruirlo luego».

En las páginas que siguen Carmen de Burgos pone de manifiesto su enorme capacidad de observación, su admiración por los

grandes adelantos de ingeniería francesa, especialmente la torre Eiffel y el Metro (¿Qué diría del Metro actual con su hermano menor el RER?), la profusión de librerías y bibliotecas y la cantidad de gente que por doquier ve leyendo o con un libro en la mano. Pero todo esto no evita su acerado dardo contra la vida francesa: «Liberté, égalité, fraternité. Qué bellas palabras. Temo que no existan más que como recreo de los ojos. Hay tanta miseria, tanta injusticia. Hoy la prensa ha hablado de una mujer muerta de hambre. Hace unos días perecieron de igual modo dos hombres».

Un tema muy interesante son las visitas que Carmen realiza a distintos personajes de la época, algunos de ellos hoy completamente olvidados. La primera fue para Nicolás Estévez, antiguo ministro de la Primera República Española. ¿Recuerda alguien su nombre? Hablaron de París y Estévez que, además de político revolucionario también era poeta, le improvisó sobre París esta bonita quintilla, que ella se apresuró a copiar: «Bienvenida a la ciudad / cuna de la libertad, / que admiramos desde lejos / y que nos pone perplejos / cuando vemos la verdad».

También interesan sus visitas a los distintos lugares que entonces empezaba a descubrir el turismo internacional. Tal es el caso del cementerio Père Lachaise. Carmen se detuvo en las tumbas de casi todos los famosos y, en la mayoría de ellos, copió y tradujo los epitafios que adornan mármoles y monumentos. De todos ellos me quedo con éste de Teófilo Gautier: «El pájaro se va, la hoja cae, / el amor se apaga, pues es invierno. / Pajarito vuelve sobre mi tumba / a cantar cuando el árbol sea verde».